ma pueden dar idea remota del sinnúmero de sensaciones que, en cortísimo espacio de tiempo, se reciben.

Grandeza y mezquindad, magnificencia y sencillez, bronces y cenizas: tal parece que el Escorial, con su mezcla singular y su conjunto extraño, es la representación viva de la majestad y la miseria humanas.

El Escorial abrió sus puertas solemnemente el mes de Noviembre del año 1892, cuando la regia visita de los soberanos de Portugal Don Carlos de Braganza y Doña Amelia de Orleans, acompañados de la Infanta de España Doña Isabel de Borbón y de su alta y noble servidumbre. Es la última y más reciente solemne visita que hasta la fecha se cuenta en el real sitio.

Le abandonaremos ya; saldremos de sus claustros, porque nos falta el aire libre y purísimo del campo; necesita dilatarse el corazón, descargarse la mente del peso que la abruma con las sucesivas emociones, con los repetidos recuerdos de la Historia, con tanto que la vista asombrada ha contemplado. Salgamos de una vez, y alejémonos, con sentimiento, con verdadero pesar, de aquel coloso, y dejemos envuelta en la bruma del recuerdo, con sus cenizas, con sus tumbas, con su templo y con sus claustros, aquella inmensa mole de granito.

CAPÍTULO XII.

TOLEDO.

Consideraciones generales.

CON qué palabras ó por qué medios podré comunicar á mis lectores las emociones que se sienten á la vista de aquella mole tantas veces secular, mitad en pie, mitad desmoronándose, en cuyo seno todo es tradicional y misterioso, y que se llama Toledo?

¿Cómo delinear siquiera débilmente la fisonomía impresa por los años, en sus indestructibles baluartes y amarillentos torreones, en su conjunto todo, á la ciudad imperial, "la segunda Roma—como elegante escritor ha dicho[1]—la codiciada de los romanos, perla de los godos, encanto de los sarracenos, premio de los cristianos reconquistadores y orgullo del césar Carlos V, del compendio y suma, en fin — añade — en que se encierran en maravilloso modo las glorias históricas y artísticas de España?"

Es imposible, en verdad, imaginarse Toledo.

Es uno de esos puntos del globo que necesitan palparse á fin de tener idea completa acerca de ellos.

Forjaos en la mente una ciudad construída en las escarpas de elevadas rocas, como nido colosal de águilas, ceñida por

1 El Vizconde de Palazuelos.

el ancho cauce del Tajo, que le sirve admirablemente de foso; amurallado su recinto, cual si la sujetase inmenso anillo de piedra, de paredes negras y agrietadas, imponentes, majestuosas; dadle siglos y siglos de existencia; pobladla de leyendas, de dramas, de misterios, de recuerdos, de historias sin cuento, y tendréis una silueta de lo que es Toledo.

Hállase situada sensiblemente en el centro de la Península Ibérica, y es tan antigua, como antigua es la historia de los pueblos fundadores de las naciones de Europa. Y tanto, que el génesis de Toledo, por más vueltas y revueltas de sagaces investigadores y eruditos diligentes, aún se encuentra en el seno de un caos profundo é impenetrable.

Sábese que sus primitivos habitantes iberos y celtas, que habían hecho de Toledo la metrópoli de la Carpetania, sostuvieron crudo embate contra los cartagineses, que poseyeron tan pintoresca región.

Siglos más tarde, las águilas romanas se detuvieron ante los muros de la ciudad, y después de grandes esfuerzos, lograron su entrada al cabo de los años. En aquella sazón, Toledo siguió la corriente de progreso de la vieja Roma: levantó monumentos, erigió templos y estatuas, hizo obras magníficas, cuyos vestigios se advierten todavía; y como la capital del mundo antiguo, tuvo sus circos, sus oradores y poetas.

Introducido allí el Cristianismo, celebróse el año 400 el primer concilio toledano; empero, caída la ciudad un siglo más tarde en poder de los godos, cambió sus creencias por las arrianas, aunque momentáneamente, por haberlas abjurado en el tercer concilio reunido en el último tercio del siglo VI.[1]

El mundo continuaba transformándose: las invasiones y guerras y conquistas se sucedían por todas partes; y en el siglo VIII vió Toledo aparecer ante sus puertas á Tarik-ben-Zeyad, el vencedor del Guadalete, que con su ejército de

1 El segundo concilio se verificó en 527.

árabes entró en la codiciada señora del Tajo, echando los cimientos de una dominación de cerca de cuatro centurias.

Bajo aquel largo período, alzáronse, como en los tiempos romanos, arcos y puentes, y mezquitas y murallas, mucho de lo cual queda aún en pie, inmutable, firme, respetado hasta por el mismo tiempo, y que ya contemplaremos más adelante.

Conquistada Toledo en 1085 por Don Alfonso VI, volvió á ser el centro de la unidad católica de España, asentando con firmeza la sede arquiepiscopal y obteniendo para ésta el título de Primada del Reino.

Cierto grado de esplendor adquirió entonces la ciudad del Tajo, y cansado sería enumerar la serie de peripecias, de revueltas y disturbios y agitaciones y asonadas que desde entonces sufrió Toledo: en su recinto nació el preclaro monarca Don Alfonso X, apellidado en su siglo el *Sabio;* en su recinto acontecieron los amores famosísimos de Don Pedro el Cruel con la Padilla, contemplándose entonces tantas y tantas suertes de crueldades. Viene en seguida breve período de transición de Enrique II al III; pero surge en Castilla el tristemente célebre y largo reinado de Don Juan II: su favorito, Don Álvaro de Luna, se ve atacado por las facciones que el mismo Príncipe de Asturias acaudillaba: el coloso, estruendosamente es derribado en el cadalso de Valladolid; muere Don Juan el II, le sucede Enrique IV; los desastres no terminan, y Toledo proclama Rey á Don Alfonso, hermano de aquel monarca inepto y degradado. La éra feliz, aunque ligera, va á inaugurarse para nuestra Capital: los Reyes Católicos elígenla para morada: Carlos V hace otro tanto después, aun cuando ni los disturbios ni rebeliones dejan un momento tranquila á la imperial ciudad.

Más tarde, convertida Madrid en residencia oficial de la Corona, pierde Toledo su importancia política, y desde entonces deja de culminar en la historia de España.

En este siglo, sólo diré, para no alargar demasiado esta rá-

pida nota, que Toledo sufrió inmensos y graves daños cuando las huestes de Napoleón I entraron en la península.

¡Cuánto habría que decir aún de tan gloriosa capital!

Empero, dejemos al historiador semejante y gratísima tarea, y enderecemos nuestros pasos rumbo á la secular ciudad de ennegrecidos muros y amarillentos torreones.

La hora más adecuada para llegar á Toledo, por el ferrocarril, es la de las nueve de la noche.[1] Así lo hicimos mis compañeros y yo cuando visitamos la Primada de España.

Era el mes de Diciembre: hacía un frío glacial, y en Toledo el invierno es crudísimo. La estación del ferrocarril se halla bastante retirada de la ciudad, de suerte que para subir á ésta hay que tomar un ómnibus.

Debo confesar que me encontraba sumamente inquieto, casi agitado: ansiaba llegar pronto á la vieja Capital y contemplarla tal como lo deseaba: creo que mis compañeros de excursión, y que tampoco conocían Toledo, se hallaban en igualdad de circunstancias: todos íbamos en silencio, sin decirnos palabra alguna ni comunicarnos impresiones. Caminamos largo trecho á orillas del río. Una masa informe, una mole negra, indefinible, tosca, cual gigante inmenso, se alzaba á nuestra diestra, y por el otro lado distinguíamos multitud de luces, como una fosforescencia fantástica, en la profunda depresión del terreno: era el ensanche de la ciudad, fuera de las murallas. De repente el vehículo volteó á la derecha: declaro también que mi corazón latía con fuerza, todo se cambiaba ante mis ojos, creía yo retroceder lo menos siete siglos: parecíanos entrar en el período de otra vida, de una nueva existencia extraña. No había duda: estábamos en plenos siglos XIII ó XIV. Cruzamos el Tajo sobre ancho puente de mampostería, llamado de Alcántara, cuyos detalles apenas alcanzamos á ver, y entramos por una maciza puerta,

1 Toledo dista doce leguas de Madrid: puede salirse de esta ciudad á las seis de la tarde.

coronada toda ella de almenas que semejaban mudos centinelas. Una luz moribunda alumbró nuestro paso; de un lado y otro de la puerta corren lienzos de muralla: en frente, paredones inmensos, negros, revistiendo la roca sobre la cual se alza la ciudad; había, pues, que volver nuevamente á la derecha por la otra orilla del río, teniendo ahora hacia nuestra izquierda á Toledo.

Me pareció todo aquello tan raro, tan singular, que me imaginaba que estábamos en el rastrillo de alguna gran fortaleza ó ciudadela medioeval; y mucho más, cuando, en los momentos de atravesar el puente, distinguimos sobre rocas aisladas, fuera de la ciudad y á nuestra izquierda, cómo se alzaban mudas, cual un espectro, imponentes, solitarias, las ruinas del castillo feudal de San Servando, hoy nido de las aves nocturnas, que fatídicas revolotean en su torno.

La subida á la ciudad se hace rodeando ésta por su parte oriental y nordeste para llegar á la plaza del Zocodóver, único punto hasta donde, en verdad, pueden ascender los coches, con excepción de una que otra calle.

Estamos en pleno Toledo. ¡Qué ciudad más extraordinaria y rara! De la plaza citada parten callejones en todas direcciones, en verdadero laberinto: estrechos, tortuosos, empinados ó pendientes los más, obscuros, lóbregos.

Como á la hora en que llegamos nada teníamos que ver, después de instalarnos en un buen hotel, la emprendimos por los vericuetos y callejas sin cuento. El plano de Toledo, como he dicho antes, es un verdadero laberinto. No hay una sola calle tirada á cordel; todas son tan irregulares que no hallo otras, de ciudades europeas, con quienes compararlas.

Me faltan palabras para comunicar por medio de la torpe pluma, lo que en medio de aquella silenciosa población se siente, especialmente por la noche.

Allá la negra masa del Alcázar; más lejos la aguja de la imponente Catedral; por todas partes casas de apariencia señorial, sin arte, con pesadas puertas, llenas de labrados de ma-

carrónico gusto, unas altas, otras bajas. Tentado estuve, en un momento de ilusión, de preguntar si andaban á esa hora á caza de galantes aventuras los señores feudales dueños de aquellas mansiones de blasones carcomidos.

En no pocas esquinas podéis ver en su vetusto nicho las imágenes de santos, ante las cuales arde en un farol semipolvoroso, agonizante luz.

Mientras más nos internábamos, la ilusión era más completa: por aquellos callejones, en los cuales de una á la otra acera dos personas pueden darse sin esfuerzo las manos, veía salir á los caballeros románticos, de negra capa, subido el embozo hasta los ojos, flotando al viento la blanca pluma del sombrero de anchas alas, y arrastrando la tizona luenga. Escuchaba el recio son de las espuelas, y en el silencio de la noche algún rumor así como el eco de sentida trova, de los buenos tiempos del donoso Juan de Mena y del Marqués de Santillana.

Y aquí de las leyendas de Bécquer y de los dramas caballerescos de Zorrilla, y de los cantos magníficos del ilustre Duque de Rivas. ¡Cuántos bardos y qué sinnúmero de esclarecidas plumas hanse inspirado en los misterios y en la imponente majestad de la ciudad del Tajo! Su admirable posición estratégica, su tesoro de tantos recuerdos y de historias tantas, la hacen ser una de las principales y más interesantes ciudades de España.

Cansaría al lector si continuara refiriéndole mis impresiones de Toledo; pero si gusta acompañarme á visitar con alguna detención notables monumentos de tan singular ciudad, más grata y más fructuosa me será esta nueva excursión.

Desde el punto de vista artístico, Toledo merece todas nuestras consideraciones y vigilias; y tendremos oportunidad de recrear nuestra vista en no pocos lugares.

Iremos á la Catedral, en primer término; estaremos en el gran Alcázar, hoy en reposición, mejor dicho, en reconstrucción; admiraremos primores como la sinagoga del Tránsito,

la pequeña iglesia de estilo árabe, á la sazón monumento nacional de Santa María la Blanca; nos detendremos en el magnífico templo de San Juan de los Reyes y en otros muchos puntos más; que de Toledo todo es digno de admiración y de alabanza.

Es, pues, abundante la materia: iremos desarrollándola poco á poco, aunque en artículos breves, como todos los de este género; y contando con la benevolencia del lector, me complazco en anunciarle que vamos á emprender luego la visita á la famosa y renombrada Catedral.